V

Quince días habrían transcurrido desde la fundación, y ya le parecía á Teresa vana ociosidad permanecer allí más tiempo; el buen logro que había tenido su asunto, al parecer descabellado, le daba nuevas esperanzas y le quitaba el temor de engañarse cuando se dejaba llevar de sus generosos impulsos. Desde que el primero y más grave de los negocios había entrado por camino tan real, volvió á la idea de fundar conventos de descalzos para asegurar el buen éxito de la Orden; trató el caso con Fr. Antonio Heredia bajo el sello de impenetrable reserva, y halló asombrada que el buen Prior convenía de tal modo con sus proyectos que le aseguró alegremente «sería el primer carmelita que se descalzara».

No hizo al pronto la Santa Madre mucho caso de este ofrecimiento, que, aunque nacido del corazón, le parecía irrealizable; la suma delicadeza y escasa salud del que lo proponía daba motivo para dudar; díjoselo así, y él contestó que lo pensaba muy de veras, y que era tanto su deseo de profesar más estrecha vida, que había querido á veces entrar en la Cartuja.

Aunque no muy segura todavía, la fundadora le rogó que suspendiera tomar resolución alguna mientras se ejercitaba y probaba en el nuevo instituto por si podía guardarlo. Accedió el Prior, y tan de veras se puso á ello que emprendió desde luego un noviciado que no duró menos de un año.

VI

Una mañana bajó Teresa al locutorio, donde la esperaban Fr. Antonio Heredia y un compañero para tratar de algunas dudas que ofrecían al primero las nuevas Constituciones.

El religioso que iba con el Prior, desconocido hasta entonces para la fundadora, era de edad mediana, enjuto de carnes y de airosa estatura; sólo el mirarle infundía respeto por la sencillez, compostura y humildad de su rostro, la expresión de plácida quietud y modesto gracejo que le adornaban, y mil rasgos que daban alta idea de sus cualidades. Inteligente para juzgar á las personas desde la primera vista, como el joyero avalora el brillante que le presentan, Teresa de Jesús comprendió los ricos quilates del que lucía en aquel alma. Desde que se habló de la Reforma se coloreó vivamente el semblante del religioso, y venció su profunda humildad para decir:

—También yo anhelo hace tiempo vida más áspera y perfecta, y, como nuestro Prior, he hecho ánimo de retirarme á la Cartuja.

—Paréceme que sería más meritorio que su paternidad guardara y profesara su primera vocación en la Regla primitiva, que experimentar mudanzas no siempre provechosas, — dijo discretamente la Santa Madre.

—Ya se lo insinué cuando vino á consultarme,—añadió Fr. Antonio;—pero es tal la priesa que tiene, que no creo se preste á dilaciones.

—Mal hecho,—repuso Teresa de Jesús con dulce y firme acento;—no es perdido el tiempo

que se tarda en prepararse para las grandes resoluciones. Tengo la idea de que el Señor le llama para descalzo, y no es cortesía negarse á voluntad tan poderosa.

—No es tal mi ánimo si llego á convencerme de lo que dice,—repuso humildemente el religioso, que pocos años después había de ser célebre por sus admirables escritos y ardiente celo en pro de la Reforma carmelitana bajo el nombre de Fr. Juan de la Cruz: —antes me holgaría de seguir con toda austeridad la Regla de los primeros hijos de nuestro padre Elías.

—Pues tenga por cierto que le tomo la palabra, y que cuento con él, al mismo tiempo que con Fr. Antonio, para que sean las primeras piedras de la fundación.

—Con tal que no se dilate mucho,—contestó vivamente el futuro descalzo,—cada día se me hace más difícil aguardar.

—No es menor mi deseo; así, haré cuanto pueda por que se realice pronto.

—¿Vino á despedirse de su reverencia el señor D. Bernardino de Mendoza?—preguntó el Prior.

—Sí que estuvo ayer tarde,—repuso la fundadora,—y me ha dado tanta lástima de él, es tanto el deseo que tiene de que se funde el convento que patrocina en Valladolid, que me ha ofrecido casa y huerta muy deleitosa, que ha sido recreación de su cuñado el comendador Cobos; ¡lástima que está más de un cuarto de legua del pueblo, y no sé cómo haremos para vivir allí!; pero su ansia por que se haga no da espera, y debemos acomodarnos mal ó bien.

—Como es el tronco son las astillas,—añadió Fr. Antonio;—no niegan los Mendoza los sentimientos de sus padres; si el señor Obispo toma por su cuenta todo lo que puede de obras meritorias, tampoco se descuida D. Bernardino.

Era este caballero hermano del obispo de Ávila, tan ilustre por su sangre como galán y generoso en sus tratos; dotado de juventud, riqueza y hermosura, requerido y adulado en todas partes, dejábase llevar algo de las vanidades mundanas; y aunque este defecto, disculpable por sus condiciones, lo hubieran podido corregir el Prelado y la virtuosa Doña María, jamás lo hicieron por no conocerle, ciegos como estaban del amor que le tenían. Teresa de Jesús, que tantos favores debía á la noble familia, aconsejaba al menor de sus vástagos como la más tierna y previsora de las madres; quizá este celo había logrado que no tuviese el mundo completo señorío en aquel alma.

—¿Sabe una noticia, padre mío?—interrogó la fundadora, tras los breves instantes de silencio que habían seguido á las últimas frases del Prior.

—¿Cuál?—dijo con viva curiosidad el interpelado.

—Que pronto me ausentaré de aquí con la viuda del comendador Cobos.

—¡Santo Dios! ¿Ya quiere su reverencia dejar esta casa?

—No cabe holganza en el servicio del Señor; he recibido cartas de Doña Leonor Mascareñas que me obligan á emprender de nuevo la marcha.

—Algo se me alcanza de eso; Doña Leonor ha oído hablar mucho de su reverencia, y quiere

que instruya y reforme á las monjas que fundó en Alcalá de Henares la beata María Ana de Jesús.

—¿Será posible?

—Aun creo más: Doña Leonor, que tan honrada ha sido en la corte con el cargo de aya del rey nuestro señor, dejó muy alegre las grandezas para encerrarse en un convento de religiosas franciscas que ha labrado á su costa, y quizá desee que también allí se ejercite la vigilancia de su reverencia.

—De veras le digo que me causa más vergüenza verme requerida de unos y otros, que si fuese despreciada por todos; ¿cómo hacer para que se convenzan de la ruindad de esta pobre pecadora los que se empeñan en ser ciegos para no verla? Muchas veces me aflijo y digo al Señor: *¿Que no me tienen de creer las gentes? ¡Allí os la habed con ellos, que yo no sé qué hacer ni decir mas!* (P. Yepes, lib. III, fol. 51.)

El Prior sonrió disimuladamente, como seguro de lo mismo que la Santa Madre negaba, mientras ella proseguía:

—Y después, ¿con quién he de cumplir antes? Todos los que me ocupan merecen que se les atienda. Al par de Doña Leonor está Doña Luisa de la Cerda, que me llama para fundar en su villa de Malagón, y D. Bernardino de Mendoza quisiera que el de Valladolid fuese el primero. ¿A quién dar la preferencia? ¿Qué haré para visitar y gobernar comunidades, cuando yo misma necesito gobierno?

—Ya os indicará el Señor lo más conveniente,—dijo el Prior.

—De modo que, si á tantas cosas ha de atender su reverencia, ¿cuándo se hará el convento que Fr. Antonio y yo esperamos?—interrogó Fr. Juan, que hacía rato permanecía silencioso y ajeno al parecer de lo que se hablaba.

—*¡Oh libre albedrío, tan esclavo de tu voluntad si no vives enclavado en el temor y amor del que te crió!* (*Exclamaciones*, núm. 17),—exclamó Teresa con inspirado acento:—¿será posible que vuesa paternidad consienta le dé guerra este enemigo, y no le permita esperar con tranquilidad de espíritu el cumplimiento de lo ofrecido?

El religioso no respondió, dominado por aquella voz severa, mientras Fr. Antonio añadía:

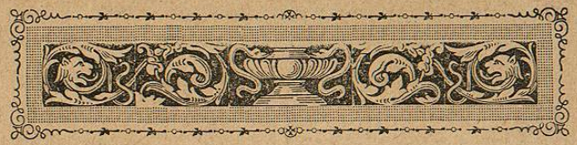
—Determinada como está su reverencia á marchar de Medina, debo suponer que todo lo deja concluído.

—Y mejor de lo que jamás creí. Este palomarcito de la Virgen se va poblando, y con tanto bien que no sabré encarecerlo.

—¿Me autoriza su reverencia para decir á D. Bernardino que acepta la donación?

—Sí, Padre mío; harto siento no haber podido ir ya; pero la distancia de la huerta á la ciudad me atemoriza. En fin, dígale que ruego al Señor le pague su buena voluntad y que todo se hará como desea. Al mismo tiempo, y por si no puedo verle, diga á mi confesor, Fr. Domingo Báñez, que con su parecer y el de los letrados que se han consultado acepto rentas para el convento de Malagón, ya que por la suma pobreza del lugar no puede ser de otro modo. ¡Reciba el Señor el sacrificio que en ello hago!,—exclamó la Santa Madre, levantándose para

despedirse.—Adiós, mi Padre; ejercítese en su noviciado, y vaya muy adelante en el camino de la cruz; y vos, Fr. Juan, mantened encendidos esos deseos, que, si no me engaño, pronto habrán de realizarse.



CAPÍTULO III

EN MALAGÓN

I

Conforme á lo que habló Teresa de Jesús con los religiosos, algunos días después salía de Medina del Campo en compañía de Doña María de Mendoza; llevaba además consigo á María Bautista y Ana de los Angeles; aunque se apartaba con pena de las fervorosas hijas que allí dejaba, tardábale ya emprender la tercera fundación.

Después de cumplir el piadoso deseo de Doña Leonor Mascareñas, llegó á Toledo la Santa Madre, y fué á hospedarse en casa de la viuda de Arias Pardo, que la recibió con extremada alegría; desde allí escribió á Fr. Domingo Báñez para el asunto de la renta, con la cual no podía conformarse; mas convencida por juiciosos pareceres, aunque no contenta, marchó á Malagón con Doña Luisa, la que se consideraba dichosa, pues